El saludo de la segunda fila

Relatos Cortos · Shyvirelle · Obra original

Ficha para la representación

Género: comedia breve, en un acto. **Duración orientativa:** 8–10 minutos, con pausas y desplazamientos naturales.

Reparto exacto (tres intérpretes):

- **LÍA:** va a pronunciar su primer discurso en la apertura de una biblioteca de barrio. Tiene ideas claras, pero necesita ver la aprobación de su hermano para sentirse segura.
- **TOMÁS:** hermano de Lía. Quiere ayudarla y descubre que quedarse inmóvil no siempre es la mejor forma de hacerlo.
- **RAQUEL:** dirige el ensayo. Está decidida a que Lía le hable a una sala y no a un solo asiento.

Espacio y utilería: una sala de ensayo que representa el escenario y las primeras filas de un auditorio. Solo **dos sillas**: una delante, ligeramente hacia la derecha (primera fila), y otra detrás, hacia la izquierda (segunda fila). Una tarjeta pequeña, opcional, para Lía. No se requieren decorados, sonido, cambios de iluminación ni participación obligatoria del público.

Escena única: ensayar para todos

LÍA está de pie frente a las sillas. Tiene una tarjeta entre los dedos y mira con insistencia la silla de atrás. TOMÁS se sienta en ella. RAQUEL observa de pie, a un lado. La otra silla está vacía.

RAQUEL. Cuando quieras, Lía. Imagina la biblioteca llena. Hay gente que te conoce, gente que no, una señora que vino porque vio la puerta abierta y alguien que se equivocó de inauguración. Todos merecen una frase.

LÍA. ¿También el que se equivocó?

RAQUEL. Sobre todo él. Si entiende de qué hablas, tenemos discurso.

LÍA. (Respira, mira a TOMÁS.) Buenas tardes. Hoy abrimos una biblioteca que será para...

TOMÁS levanta discretamente un pulgar. LÍA sonríe de inmediato.

LÍA. ...para todas las personas inteligentes, hermosas y puntuales de este barrio.

RAQUEL. ¡Alto! Es una biblioteca pública, no una cena con reserva.

LÍA. Fue un cumplido.

RAQUEL. A tu hermano. No has mirado a nadie más. Si mañana él estornuda, ¿también cambiará el discurso?

LÍA. Mi hermano nunca estornuda durante un discurso.

TOMÁS. Durante el tuyo todavía no he tenido ocasión.

RAQUEL. Primer ensayo: todos hemos sido espectadores de un saludo privado. Vamos a probar algo. Tomás, cambia de asiento.

TOMÁS pasa a la silla delantera. LÍA gira la cabeza para seguirlo. RAQUEL se coloca en el lugar donde él estaba antes, sin sentarse.

RAQUEL. Empieza igual. Esta vez el público imaginario llega hasta el fondo.

LÍA. Buenas tardes. Hoy abrimos una biblioteca que será para todos. (A TOMÁS.) Incluso para quienes creen que un libro de cocina se lee con la boca abierta.

TOMÁS. Yo solo lo hice una vez.

RAQUEL. Y ahora hemos inaugurado una biblioteca para una persona con apetito. Lía, ¿qué había detrás de Tomás?

LÍA. Una pared.

RAQUEL. En un ensayo, sí. En la apertura habrá personas. ¿Puedes decir una frase sin pedirle permiso a su cara?

LÍA. No le pido permiso.

RAQUEL. Tu mirada presenta la solicitud y su ceja la aprueba. Es un trámite muy rápido, pero existe.

TOMÁS. (Prueba a mantener inmóviles las cejas.) Yo puedo ayudar.

LÍA. Así pareces una pintura ofendida.

RAQUEL. No necesitamos que Tomás deje de ser Tomás. Necesitamos que la sala sea más grande que él. Segundo ensayo: di la razón por la que querías hablar hoy.

LÍA. (Mira la tarjeta.) Cuando cerró la sala de lectura de la plaza, vi a mucha gente llevarse libros prestados en bolsas de supermercado, como si tuviera que guardar el tiempo en casa. Pensé que si alguna vez volvía a abrir, quería dar las gracias a quienes habían esperado.

Mientras habla, LÍA se vuelve poco a poco hacia TOMÁS. Él la escucha en silencio.

RAQUEL. Esa parte es buena. Pero la has guardado en una caja con nombre: «Para Tomás».

LÍA. Él fue quien me dijo que lo escribiera.

TOMÁS. Yo te dije que no dijeras «este establecimiento presta cosas de papel». No es exactamente lo mismo.

LÍA. Iba a ser un comienzo magnífico.

RAQUEL. Vamos a hacer una prueba más difícil. Tomás, vuelve a cambiar de asiento.

TOMÁS regresa a la segunda fila. RAQUEL señala con la mano dos zonas distintas del auditorio imaginario: una a la izquierda y otra a la derecha. No coloca objetos ni necesita que nadie responda.

RAQUEL. Lía, no necesitas recorrer veinte caras. Mira un lugar, termina una idea; mira otro, empieza la siguiente. Si tu hermano te apoya, lo seguirá haciendo aunque no le encargues todo el público.

LÍA. ¿Y si alguien se ríe cuando no toca?

RAQUEL. Si es por una frase graciosa, ganas. Si no lo es, puedes continuar. Un discurso no es una hilera de exámenes individuales.

TOMÁS. Yo aprobé todos los tuyos sin estudiar.

LÍA. Eso explica tus notas.

RAQUEL. (A TOMÁS.) Tú tampoco estás aquí para aprobar. Estás aquí para escuchar. Probemos con una pregunta.

LÍA. ¿Una pregunta de verdad? ¿Y si responden?

RAQUEL. Entonces descubriremos que hay alguien más en la sala. No tienes que improvisar una conferencia: puedes hacer una pregunta que invite a pensar sin exigir respuestas.

LÍA. (Ensaya a la izquierda.) ¿Quién ha abierto alguna vez un libro solo porque le gustó su portada? (Cambia la mirada hacia la derecha.) ¿Y quién terminó llevándose una historia que jamás habría elegido?

Hace una pausa. Por primera vez, no busca enseguida los ojos de TOMÁS.

RAQUEL. Ahí apareció la biblioteca.

LÍA. ¿Porque dije «libro»?

RAQUEL. Porque imaginaste que había dos personas diferentes delante de ti. No hiciste una pregunta para que tu hermano te dijera que ibas bien.

TOMÁS. (Desde atrás.) Por cierto, yo sí he comprado un libro por la portada.

LÍA. Lo sé. Era un atlas que creíste que tenía recetas.

TOMÁS. Era una portada muy convincente.

RAQUEL. Último ensayo. Tomás, elige la silla que quieras. No lo anuncies.

Mientras LÍA ordena su tarjeta y mira hacia el auditorio imaginario, TOMÁS abandona en silencio la segunda fila y se instala en la primera. No busca llamar su atención.

RAQUEL. Ya conoces las dos zonas. Habla hacia ellas, no hacia el examen de su cara.

LÍA. ¿Y si no sé dónde está sentado?

RAQUEL. Entonces tendrás una ventaja: no podrás convertirlo en tu único público. El misterio no es dónde se sienta Tomás. El misterio es cuánta gente cabe en tu discurso.

LÍA. (Guarda la tarjeta en una mano.) Buenas tardes. Cuando cerró la sala de lectura, pensé que una biblioteca era un edificio con mesas y estantes. Después vi los libros viajando en bolsas, pasando de una casa a otra. Entendí que también era la gente que seguía encontrándose gracias a ellos.

LÍA mira primero hacia la izquierda y después hacia la derecha. TOMÁS, en la silla delantera, escucha sin levantar el pulgar.

LÍA. ¿Quién ha abierto alguna vez un libro solo porque le gustó la portada? (Pausa. Se dirige a otro punto.) ¿Y quién encontró allí algo que no sabía que estaba buscando?

RAQUEL. Sigue.

LÍA. Hoy abrimos otra vez una puerta. Si llegaron por curiosidad, por costumbre o incluso porque se confundieron de inauguración, pasen. Hay sitio para todos.

Silencio breve. LÍA busca por primera vez a TOMÁS solo después de terminar la frase. Él sonríe. RAQUEL da una palmada discreta.

RAQUEL. Eso era un discurso.

LÍA. ¿Sin mirar a mi hermano?

RAQUEL. Miraste también a tu hermano. Es distinto.

TOMÁS. ¿Puedo hacer una pregunta como público?

RAQUEL. Una.

TOMÁS. Si alguien se equivoca de inauguración, ¿también puede llevarse un libro?

LÍA. (A la sala, no solo a TOMÁS.) Especialmente él. Quizá vuelva cuando descubra cuál era la suya.

RAQUEL recoge con la mirada las dos filas imaginarias. TOMÁS sigue en la silla delantera que eligió sin avisar. LÍA se coloca lista para su saludo definitivo.

LÍA. Buenas tardes a quienes están cerca de la puerta... (Mira a un lado.) ...y a quienes encontraron un lugar más adelante. (Mira al lado contrario.) Antes de empezar, quiero hacerles una pregunta: ¿quién vino hoy buscando un libro? (Se dirige a un punto de la sala.) ¿Y quién vino, sin saberlo, buscando a otra persona? (Mira a un punto distinto.)

Levanta los ojos hacia la sala entera. TOMÁS deja quietas las cejas, no por obligación, sino porque está escuchando. Oscuro opcional o simple pausa final.